

ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO A UNA TEOLOGÍA NO CONFESIONAL

Julián Sanz Pascual
Licenciado en Filosofía

INTRODUCCIÓN

Ante la palabra *teología* los ciudadanos de a pie se suelen amedrentar algo, pues se trata nada menos que del saber acerca de Dios, algo que parece de otro mundo y sólo al alcance de los llamados teólogos. Sin embargo la teología es un saber de este mundo, que versa sobre Dios, un ser de este mundo, al menos como objeto de saber. Buscando este objeto, el primer problema que se nos plantea es que la idea de Dios no es única, sino que tiene múltiples manifestaciones, tantas al menos como confesiones hay, incluso muchísimas más, pues cada uno solemos tener nuestro propio y particular Dios. El Dios del evangelio de Jesús, sin duda, pretendía ser universal y único, lo que pronto chocó con la mentalidad nacionalista de la élite judía de su tiempo y lo que acabó llevándole a la cruz. Los que se decían sus seguidores, los que después se llamaron cristianos, no tardaron en frustrar esa universalidad, lo mismo que las diferentes confesiones que del cristianismo se fueron derivando.

1. EL TEMA DE DIOS COMO CREENCIA

Suponemos que para el que se dice creyente, sobre todo si es tan creyente que se pasa a crédulo, únicamente le va a importar el tema de Dios como creencia. Es la fe que se llamaba del carbonero: "Fe es creer lo que no vimos", que se nos decía en el catecismo. Por el contrario, para los que no tengan fe religiosa alguna, bastaría con borrar la palabra "Dios" de su cabeza siguiendo lo que Nietzsche dijo hace más de un siglo: "Dios ha muerto". Sin embargo la cosa no es tan sencilla. Así, el 11 de septiembre de 2001, pudimos ver en nuestros televisores cómo unos aviones cargados de gente eran estrellados con toda maldad contra los dos más altos rascacielos de Nueva York, cómo se producían unas bolas de fuego enormes y cómo todo empezaba a arder: varios miles de personas quedaban atrapadas, llegando a morir la gran mayoría. Y todo se había hecho en nombre de Dios, luego Dios no sólo no ha muerto, sino que está más vivo que nunca, y además ¡con qué poder!

Si repasamos la historia, atentados tan terribles o más que éste se han cometido en nombre de Dios, incluso a veces desde organizaciones de Estado. Sin embargo, justo es reconocerlo, también en nombre de Dios se han llevado a cabo los actos más heroicos y generosos. Resulta evidente, pues, que Dios ha sido y es un motor muy importante de la historia, tanto para bien como para mal, lo que hace que resulte de gran interés su estudio.

2. EL TEMA DE DIOS COMO SABER. ¿QUÉ ES DIOS?

En el catecismo del padre Astete, la pregunta no era *¿Qué es Dios?*, sino *¿Quién es Dios?*, lo que daba a este ser un carácter muy personal. Al margen de este personalismo, la respuesta más sencilla que a mí se me ocurre es que Dios es una palabra tras la que se esconde una idea muy antigua, que está en todas las culturas y que, en medio de los más diversos avatares, ha llegado hasta hoy. Cuál sea su origen exacto no lo sabemos, mas parece claro que es algo que un día el hombre buscó para llenar alguna carencia.

Dios se puede decir que es un invento del hombre, no a la inversa como ha pretendido la vieja teoría creacionista. Hace ya veintiséis siglos, la observación de Jenófanes de Colofón lo puso bien al descubierto.

"Hornero y Hesíodo -dice- han atribuido a los dioses cuantas cosas constituyen vergüenza y reproche entre los hombres, el robo, el adulterio y el engaño mutuo.

"Pero los mortales se imaginan que los dioses han nacido y que tienen vestidos, voz y figura humana como ellos.

"Los Etíopes dicen que sus dioses son chatos y negros (como ellos) y los tracios que tienen los ojos azules y el pelo rubio (como ellos).

"Si los bueyes, los caballos o los leones tuvieran manos y fueran capaces de pintar con ellas y de hacer figuras como los hombres, los caballos dibujarían las imágenes de los dioses semejantes a las de los caballos y los bueyes semejantes a las de los bueyes y harían sus cuerpos tal como cada uno tiene el suyo" ¹

Dios, parece claro, es un *invento* del hombre, pero un invento en el sentido profundo por no decir etimológico de la palabra, que viene de *invenio* = encontrar. Y *encontrar* quiere decir que tiene una cierta *realidad*, aunque no sea en sentido físico, sino que tiene entidad más allá de las determinaciones de la mente humana que lo ha *producido*. Por poner una comparación muy simple: los triángulos de la geometría no existen en la naturaleza, sino que son algo que el hombre ha construido con su mente, sin embargo el triángulo no es una mera construcción del geómetra, sino que todas sus propiedades están ahí, desbordan la intención productiva de quien lo ha construido. Esto quiere decir que intuitivamente podemos descubrir en él propiedades que el que lo ha construido no había puesto ni imaginado siquiera. Es que el triángulo, como las entidades matemáticas en general, aunque no tenga una existencia material, sí tiene una *realidad*.

Con la idea de Dios ocurre algo similar. En la antigüedad alguien la *cazó*, la *intuyó*, pero no la determinó, tampoco la han determinado todos los que a lo largo de los siglos se han denominado *teólogos*. Esto ha llevado a que de la idea de Dios se pudiese hacer una ciencia, la *teología*, pues para ella es un objeto tan *real* como el espacio lo es para la geometría. Ahora bien, al igual que ésta, la teología puede ser una ciencia pura o puede ser una ciencia aplicada, lo que es tanto como decir contaminada con la experiencia, en el caso de la teología, con los intereses del poder al que generalmente ha servido. En la religión católica, su teología no se centra en la búsqueda de una idea de Dios pura, única como pretendía ser el Dios del evangelio, sino en la que mejor sirve a sus intereses, lo que ya la hace múltiple, la que se supone está en unos textos concretos, los que se llaman la revelación, la Biblia católica, y a la que se considera nada menos que la palabra de Dios.

Ahora bien, ¿a lo largo de toda la Biblia católica, desde el Génesis hasta el Apocalipsis de San Juan, la idea de Dios se puede decir que es única?

3. ASPECTO GNOSEOLÓGICO Y ONTOLÓGICO DE LA IDEA DE DIOS: EL MISTICISMO Y EL MILAGRERISMO

La idea de Dios, como cualquiera otra, se puede considerar bajo dos aspectos: Uno gnoseológico y otro ontológico. En el gnoseológico, las religiones, en lugar de investigar honestamente sobre el objeto como lo suelen hacer las demás ciencias, se han salido de *realidad* y, guiados por la imaginación, más aún por la fantasía, han caído en la pura *idealidad*.

¹ S. KIRK y J.E. RAVEN, *Los filósofos presocráticos*, Ed. Gredos, Madrid 1969, p. 241. Fragmentos 170, 171 y 172.

En los albores del cristianismo, así se manifestó Pablo de Tarso en su carta a los Gálatas: "Porque os hago saber, hermanos, que el evangelio por mí predicado no es de hombres, pues yo no lo recibí o aprendí de los hombres, sino por revelación de Jesucristo". y a renglón seguido pretende justificarse en razón de su historia personal, pues con los datos que aporta resulta imposible que pudiera haber recibido el evangelio de los que habían sido testigos de la palabra, de los apóstoles principalmente. (Gálatas 1, 11-24) Se trata de un planteamiento del evangelio absolutamente idealizado, místico, lo que supone curarse en salud ante cualquier tratamiento crítico.

Del aspecto gnoseológico ya más racional de la idea de Dios se ha ocupado principalmente la filosofía, lo que ha llevado a algunos filósofos a tratar de demostrar su existencia. El mejor ejemplo quizá sea el célebre argumento de San Anselmo (s. XII). Se puede resumir así: si entendemos que Dios es algo mayor de lo cual nada puede ser pensado, si además entendemos que la existencia es mayor que la mera esencia, la negación de su existencia nos habría llevado a pensar que hay algo mayor de lo cual nada puede ser pensado, lo que resulta absurdo. Se trata de la prueba de reducción al absurdo, que como tal sólo puede tener un valor formal. Ni siquiera esto, pues Kant desmontó este argumento en una de sus célebres antinomias: formalmente se puede demostrar tanto que Dios existe como que no existe.²

Las religiones generalmente han ido por otro camino y han buscado una demostración de la existencia de Dios de una manera más ontológica, por vía de causación. Las cinco vías de Tomás de Aquino se mueven en ese ámbito, tomando como absolutamente válida la *teoría creacionista*. Ésta quedó superada en el siglo XIX por la *teoría evolucionista*, la que hoy en algunas partes de Estados Unidos pretende volverse a superar con una nueva *teoría creacionista* disfrazada de modernidad y bautizada con el nombre de *diseño inteligente*. El punto débil de esta teoría, como del primitivo creacionismo, está en la dificultad para explicar el origen del mal, cuestión que ya en el siglo V se planteó San Agustín y a la que dio una salida sólo formal, pues afirmó que el mal no existe, sino que lo que hay es una carencia de bien. Dios, así, no es responsable de nada, ni siquiera de que su invento humano le saliese tan mal, que no resistiese ni la primera prueba. Pero es que además, Dios, en lugar de hacer lo que cualquier inventor amoroso, que es reconocer que ha podido cometer algún fallo, echó toda la culpa al invento, que es lo que suelen hacer los autócratas, expulsando al hombre del Paraíso y condenándolo a la enfermedad, al dolor y a la muerte.

Por otra parte, el creacionismo aplicado al hombre, tal como se cuenta en la Biblia, conduce a un claro absurdo. Si la duda es un defecto, la que Dios había tenido sobre su obra al someterla a una prueba, entonces el no dudar hubiese sido un acto de soberbia por parte del hombre, pues hubiese sido querer ser más que Dios; por el contrario, si la duda es una virtud, la duda del hombre al decidirse a comer el fruto prohibido era un acto encomiable que hubiese tenido que enorgullecer a su creador, pues no hacía otra cosa que emularle. Por lo tanto, la prueba a que fue sometido era injusta por absurda, pues ni podía dudar ni podía no dudar ¿y no es ésta la eterna música de todos los regímenes autoritarios, la que desencadena en los subordinados una inseguridad que es la que permite plácidas digestiones a los que detentan el poder?.

Las religiones del libro, ignorando ésto o pasándose de largo, no han tenido empacho en utilizar la teoría creacionista para sacar tajada de ella en algo que resulta muy rentable, los milagros. Dios es el autor de todo, de la naturaleza incluida, también de las leyes que la gobiernan, y se las puede saltar cuando le venga en gana, lo que es tanto como decir cuando le convenga al que mueve los hilos del monigote en que las religiones suelen convertir a Dios.

² KANT, *Crítica de la razón pura*, I, Libro II, cap. IV. "De la imposibilidad de una demostración ontológica de la existencia de Dios".

4. EL DIOS DE LOS CATÓLICOS

El Dios de los católicos es en el que a la mayoría de nosotros nos adoctrinaron de pequeños, también el que a lo largo de los últimos siglos más ha marcado la historia de nuestro país. Su rasgo fundamental es su falta de ajuste a la verdad objetiva, pues está lleno de contradicciones. El Dios de la Biblia se supone inmutable, sin embargo, a poco que se escarbe en esos libros, pronto se descubre que en ellos hay una evolución ideológica, a veces una contradicción frontal. Así, el Dios de Moisés, que pone el origen de los males en el pecado del primer hombre y en los pecados particulares de cada uno, no se ajusta al Dios que se propone en el libro de Job, que pone el origen de los males particulares no en Job, que era un varón justo y temeroso de Dios, tampoco en Dios, que hubiese sido injusto con él de haberle castigado, sino en Satán, que tienta a Dios para que ponga a prueba a su siervo. Mucho menos el Dios de Moisés se ajusta al del evangelio, pues éste más bien es una total contradicción. Por sólo citar algo puntual, Moisés propone la célebre ley del Talión, "ojo por ojo y diente por diente" (por cierto, una ley que ya estaba en el código de Harnmurabi), aunque la suaviza un poco para los hijos de su pueblo: "No te vengues y no guardes rencor contra los hijos de tu pueblo. Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Lev. 19, 18) Jesús rechaza frontalmente la ley del talión, un rechazo que resulta muy moderno, más moderno y más democrático a medida que el poder destructivo de las armas va siendo más mortífero. Asume el "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", sin embargo, mientras Moisés entiende por prójimo a su pueblo, Jesús entiende a todos los hombres de todos los pueblos.

Mas entrando en un estudio más hondo, hay un abismo entre unas palabras que Moisés atribuye a Yahvé en el Levítico y unas palabras que dice Jesús. En el Levítico se dice: "Si cumplís mis leyes, si guardáis mis mandamientos y los ponéis por obra, yo mandaré las lluvias a su tiempo, la tierra dará sus frutos y los árboles de los campos darán lo suyos" (Lev. 20, 3-4). Es la moral del éxito, que coloca a Dios como garante de nuestros intereses, una moral de toma y daca. Mientras que en el evangelio se dice: "Vuestro Padre, que está en los cielos, *que hace salir el sol sobre buenos y malos, que llueve sobre justos e injustos*" (Mt. 5) Es decir, que este Dios no distingue entre buenos y malos para repartir los bienes de la naturaleza, lo que condena por injusta cualquier discriminación de los hombres por su falta de fortuna, por su falta de éxito. Como decía Epicuro, los dioses *o no existen o no se ocupan de los asuntos de los hombres*, lo que exige que trasfiramos a éstos la responsabilidad de lo que ocurre en el mundo. La moral de Epicuro, como la moral evangélica, es una moral de responsabilidad, frente a la de pecado o culpa que era la de Moisés. Y la moral católica, a pesar de pretender que está inspirada en el evangelio, sigue siendo una moral de culpa, una moral nada democrática.

El símbolo más evidente de esto es que, a pesar del enorme avance político que la democracia ha supuesto, se siga manteniendo la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, que conmemora la supuesta concepción de esta mujer, la madre de Jesús, sin mancha de pecado, del pecado original que afecta a todos los hombres, lo que es un privilegio muy poco democrático, si es que alguno lo es. El propio Jesús en una ocasión rechaza de manera inequívoca la doctrina de que los males son el fruto del pecado. Fue cuando sus discípulos le llevaron ante un ciego de nacimiento y le preguntaron: "¿Ha pecado éste o han pecado sus padres para que naciera ciego? y Jesús contesta: Ni pecó él, ni pecaron sus padres..." (Jn. 9, 1-3).

5. LAS RAZONES DE LA CONDUCTA HUMANA

El hombre, según lo definió Aristóteles, es un animal racional, lo que quiere decir que su conducta la podemos llegar a comprender. El problema está en que no es un racional puro, sino que a veces es bastante animal. Esto, aunque sea sólo simbólicamente, lo demostró de manera inequívoca en su conducta en el Paraíso al comer del fruto prohibido. ¿Quién se ha privado de hincar el diente a cualquier fruto de aspecto apetitoso, mucho más si le han dicho que estaba prohibido? Es que, frente a las razones, están las motivaciones. Por eso, desde muy antiguo, el que ha tenido la responsabilidad de gobernar ha buscado razones muy hondas, las razones últimas, a fin de conseguir dominar la conducta de los hombres.

a) Las razones últimas: si Dios no existiera

Si estamos hablando de las razones de la conducta humana, las que más fácilmente alcanzamos son las que nacen de nuestra capacidad de discurso. Sin embargo, no todos tenemos la misma capacidad, mucho menos la hemos tenido a lo largo de la historia. Es evidente que el progreso de la ciencia y de la cultura nos permiten hoy comprender muchas cosas que en otros tiempos estaban vedadas incluso a los que se encontraban en la vanguardia del saber. Sin embargo era evidente que había conductas que era necesario prevenir. ¿Cómo? Si no era posible mediante explicaciones racionales, había que recurrir a los mitos, más concretamente a los dioses o a un Dios en las culturas que pretendían ser monoteístas, a lo que podíamos denominar las *razones últimas*.

Por ejemplo, hoy nadie se le ocurrirá, si mira por su salud, comer la carne de un cordero a los tres días de haberlo sacrificado y expuesto a la temperatura ambiente en una época de calor. Es que ya sabemos lo que ocurre con una carne así, la descomposición que en un par de días se puede producir, lo que la hace desaconsejable para el alimento humano. Pero esto no era así cuando hace unos tres mil años Moisés quería prevenir la salud de su pueblo. Difícilmente podía dar a su gente las razones por las que era nocivo comer esa carne, entre otras cosas porque él mismo las desconocía. Nos referimos a las razones de fondo que hoy la ciencia nos da. Por otra parte, la carestía de alimentos que en aquellos tiempos había tentaba fácilmente a comer esa carne. Entonces, para ser eficaz la prohibición, hubo de poner en la boca de Yahvé este precepto: "La víctima será comida el día de su inmolación o al día siguiente; 10 que quedare para el día tercero será quemado por el fuego. Si alguno comiere de ello al tercer día, será una abominación... El que lo haga contraerá reato, porque profana lo consagrado a Yahvé, y será borrado de en medio de su pueblo" (Lev. 19, 6-8) Se trata de razones teológicas, las que en aquel tiempo la inocencia de la gente estaba dispuesta a obedecer.

Esa ha sido la historia de la teología, la historia de la gente que la ha utilizado, que puede hacer el ridículo si pretende seguir utilizándola cuando el progreso cultural y científico nos puede proporcionar razones más al alcance de la mano. Recuerdo una comedia en la que un personaje, ante los desmadres de la juventud y de su falta de respeto hacia los principios de la moral tradicional, le dice a otro que era cura: "Esto Dios lo tiene que remediar". y el cura le responde: "¿Pero cómo lo va a remediar Dios si ya nadie cree en él?" En efecto, pretender poner orden en el mundo mediante recursos teológicos hoy sería hacer el ridículo.

Cuando por la Constitución de 1978 el Estado Español se declaró laico, dejó de ser obligatoria la enseñanza de la religión en los centros públicos, lo que se puso en práctica a partir del curso 1979-80. De ese momento, siendo yo profesor de Filosofía de un Instituto de Bachiller, recuerdo lo que un profesor de religión nos contaba que decía a sus alumnos para convencerlos de que no se dejasen arrastrar por la moda, pues la mayoría se pasaron a la asignatura de Ética: "¡Ojalá Dios no existiera!" La idea que quería inculcarles ese profesor de religión era que, si Dios no existiese, todo nos estaría permitido, incluso hasta cambiar la asignatura de religión por la de ética, que ya se supone laica, que no tiene en cuenta a Dios o al menos que se desentiende de la teología tradicional.

Estoy seguro de que la gente más progre de nuestro país, al menos la más acristalada, liquidaría con una benévola sonrisa semejante ocurrencia. Sin embargo a mí me parece que al tema de Dios no se le puede liquidar de una forma tan ligera, pues se trata de una palabra que para bien o para mal, o para ambas cosas, tiene, ha tenido y seguirá teniendo mucha historia, por no decir mucha influencia en la conducta de los hombres. Como ejemplo más reciente tenemos el terrible episodio al que ya nos hemos referido, el de los ataques a las Torres Gemelas de Nueva York y al Pentágono en Washington con miles de muertos, y todo en nombre de un determinado Dios. Me parece entonces que no hacen falta largos discursos para convencernos de la necesidad del estudio un poco en profundidad del tema de Dios, al menos si queremos entender lo que es el hombre.

Pero es que además, los responsables de esos terribles atentados y de otros que se han producido después, que pretenden tener una justificación teológica, lo que en la práctica hacen es forzar el argumento ése que hemos anotado del profesor de religión, para dejarlo así de espantoso: "Si Dios existe, todo nos está permitido a los que obramos en su nombre, pues sólo a él hemos de dar cuenta de nuestros actos". Es evidente que, ante semejante aberración, no nos queda otro remedio que entrar en el terreno de la teología para plantearnos al menos qué entendemos por Dios.

b) ¿Qué entendemos por Dios?

Es claro que, a estas alturas del pensamiento humano, al menos en nuestras culturizadas sociedades, antes de la cuestión de si Dios existe, a la que nadie puede responder con seguridad, habría que plantearse una cuestión más básica, la de qué entendemos por Dios. El profesor de religión católica, sin duda, entiende por Dios el de su propia confesión: el que en la otra vida va a impartir premios y castigos de acuerdo con los códigos de la teología en la que a él le han adoctrinado, la que se ha alimentado desde los ámbitos del poder en la que se ha mantenido próspera y dominante durante siglos. Por supuesto que el tal Dios no va a coincidir con el propuesto por las otras confesiones también de origen cristiano, mucho menos con el de otras religiones de otro origen. Pero es que después, aun dentro de la misma confesión formal, cada individuo solemos tener nuestro propio y particular Dios, que es al que adoramos y al que pedimos beneficios, y en el que nos escudamos para justificar nuestra mala conducta sobre todo, la que choca contra los intereses de los demás.

Todo esto quiere decir que la existencia de Dios, su aceptación formal se entiende, no es garantía de la buena conducta moral, menos aún de los que están en el poder, pues a éste nunca le faltan teólogos que, bien pagados, justifican cualquier desmán. En lo que se refiere a los individuos más particulares, ocurre otro tanto, pues cada uno somos nuestro mejor y más dócil teólogo. ¿Esta distorsión evidente de la idea de Dios debería conducirnos a negar su existencia? De hace muchos años, recuerdo una frase referida a Dios, que me impresionó profundamente. Estaba en el estudio preliminar de un libro de Oscar Wilde y apuntaba sin duda a la *injusticia* con la que este brillante escritor inglés fue tratado en su tiempo por parte de la *justicia*, la que le hizo dar con sus huesos en la cárcel al ser acusado de homosexual. Decía así: "Ese Ser, que debería llamarse Dios si los hombres no hubiésemos corrompido tan hermosa palabra".

También ocurre que muchas personas que se declaran ateos emplean de vez en cuando la palabra Dios en su lenguaje coloquial. Es el "Dios no lo quiera" o "Dios quiera", incluso en nuestro castellano la expresión "¡Ojalá!", que es de origen árabe, que literalmente significa "Quiera Dios", (de *na xa Alah*). Es claro que resulta muy difícil identificar de manera tajante a los ateos, porque en primer lugar habría que distinguir los que son reales de los que sólo son formales. Tan es así que tiene sentido esta frase que parece absurda: "Los ateos son los únicos que creen en Dios". Lo que equivaldría a decir que "Los creyentes son los únicos que no creen en Dios". Por supuesto que se trata de dos generalizaciones que, como tales, siempre resultan falsas, pero que apuntan a una realidad bien palpable: que no todo el que se dice creyente realmente lo es, lo mismo que no es ateo todo el que se confiesa tal. En el evangelio la idea se recoge en esta frase atribuida a Jesús: "No todo el que dice 'Señor, señor' entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre" (Mt. 7, 21)

Digamos que Dios es una idea, un principio de unidad en el que todas las cosas cobran sentido. Mas es en el lenguaje de la ética en el que mejor la podemos entender. Es indudable que lo que decimos con la palabra Dios tiene grandes diferencias entre unos individuos y otros, entre unos pueblos y otros, entre unas culturas y otras, entre unas religiones y otras. Sin embargo todos los hombres disponemos de alguna idea en la que nos es posible identificarnos. Cuando un grupo de seres humanos, con una piel generalmente distinta de la nuestra, con unos rasgos étnicos también diferenciados de los nuestros, pasan el estrecho de Gibraltar en una frágil patera y tienen la suerte de llegar a nuestras costas, allí hay unos hombres esperándolos para ayudarlos y curarlos si hace falta, hombres que son de otra religión, de otra cultura, con otros intereses incluso. Es que, a pesar de todas

las diferencias, siempre hay algo que a todos nos obliga a identificarnos de alguna manera. Es lo que lleva a mucha gente a identificarse con personas a las que nunca han visto, a las que no conocen personalmente, lo que las obliga a hacer algo por ellas aún a sabiendas de que nunca van a tener una compensación material, ni siquiera un reconocimiento personal, sino a lo sumo la satisfacción moral de haberlo hecho. ¿Y esto por qué se hace? La respuesta teórica sería ésta: por un rasgo de *generosidad*.

Aquí la palabra *generosidad* tiene un significado muy profundo y muy claro también, pues se refiere al *género*, en este caso al humano. Cada individuo formamos parte de diversos conjuntos: de una familia, de un país, de una religión, de un partido político, de una profesión, de una *humanidad*. Se trata de conjuntos cuya extensión es mayor o menor. No cabe duda de que de todos los conceptos que hemos señalado, el menos extenso es el de familia, el más extenso es el de *humanidad*. En función de este concepto se hizo en 1948 la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Estos derechos afectan a todos los individuos humanos sin distinción de raza, religión, nacionalidad, situación económica, jurídica o cualquiera otra en que se pudiesen encontrar, incluso afectan al reo convicto y confeso del crimen más horrendo. Si entre los derechos humanos está el derecho a la vida, la pena de muerte ha de quedar abolida también en este caso.

Ahora bien, si continuamos con el análisis de los otros conceptos, resulta que nos encontramos con algunos cuya extensión es mayor que la del concepto humanidad. Tal sería, por ejemplo, el concepto animal, que incluye entre nosotros también a los que calificamos como no racionales. Pero aún hay otro concepto más extenso, el de los seres vivos, que incluye también a las plantas. y aún otro concepto más extenso todavía es el de Universo, en el que estamos incluidos los seres vivos y los no vivos, y no sólo los de nuestro planeta, sino los de todos los cuerpos que pueblan el espacio sideral. ¿No es esta idea la que, desde la más lejana antigüedad, ha llevado al hombre al estudio de la astronomía?

Ante esta situación y puesto que ahora estamos hablando de ética, podíamos pensar que el pináculo de los derechos lo deberíamos de poner no en la humanidad, sino en el Universo. Siendo así, la mayor generosidad posible es la del hombre que obra en términos de esa universalidad. Es indudable que hoy una de las manifestaciones más profundas de esta generosidad la tienen los ecologistas, que piensan en términos de especies vivas, tanto animales como vegetales, también en el medio natural en que viven. Ahora bien, estos ecologistas -me refiero a la gente que honestamente lo es- no es que se olviden del hombre, sino que piensan en él en los términos más universales, integrado en el conjunto de los seres vivos, que es en el que está viviendo, de manera que su suerte está inevitablemente vinculada a la del resto de las especies, al menos a la armonía que se consiga entre todas ellas. Es que todos vamos en el mismo barco. El ecologismo en este sentido sería un humanismo universalizador.

Proceder con esta convicción es hacerlo con una generosidad muy profunda, la única verdaderamente inteligente, creo yo, la única que ofrece posibilidades de que el propio hombre pueda perdurar. Yo no sé si Dios existe o no existe, pero lo que sí sé es que sólo este sentido profundo de la unidad nos ofrece perspectivas de futuro a largo plazo. Se trata de un sentido que mucha gente tiene y que otra mucha gente no tiene, pero que en todo caso los hechos le van dando la razón al que tiene este sentido, pues resulta más que evidente que, si no ponemos pronto algún remedio, si no reorientamos muy a fondo la conducta humana en general, la mala conducta que hoy tenemos, las consecuencias a un plazo más o menos largo pueden resultar tan catastróficas como irreversibles.

c) La idea de Dios en el terreno teórico: la unidad suprema

En el terreno teórico, a la idea de Dios se le puede encontrar un sentido muy profundo, entendiendo a esta idea como la de *unidad suprema*, la que va a causar los inevitables efectos negativos si en nuestra conducta no se la tiene en cuenta, lo mismo que los va a causar positivos si se la tiene en cuenta. El hombre sabio, por tanto, es el que asume esta unidad, trata de comprenderla y de iluminar su conducta con ella. No es sabio, creo yo, el que sólo asume esta unidad en un sentido

místico, ideal, lo que le lleva a no responder a ella con la conducta adecuada, sino con ritos y prácticas piadosas y místicas con las que pretende obligar a esa *Unidad*, a ese Dios, a que los efectos inevitables no se produzcan cuando a él no le convienen, a que las cosas siempre se resuelvan a su sabor. En este sentido tan interesado de la divinidad es en el que suelen moverse las religiones, especialmente lo más reaccionario de ellas.

d) Las leyes divinas

Yo no sé si Dios existe, lo que sí sé es que hay unas leyes a las que todos los seres vamos a responder, unas veces de grado, otras por fuerza. Las leyes de la física se cumplen de manera inexorable, bien que, como hoy está generalmente admitido, tales leyes los físicos no siempre sepan bien cuáles son. Pero a ningún físico sensato se le ocurre actuar con técnicas que simplemente ignoren esas leyes, únicamente tratará de ver la manera de poner los medios para que los efectos no deseados no se produzcan, pero en todo caso y a lo sumo tratando de evitar que se den las condiciones para que se produzcan, aunque siempre con la convicción de que, si estas condiciones se dan, aunque sea por un descuido suyo, tales efectos no deseados se van a producir. En esta ciencia, como en todas en general, no hay creyentes y no creyentes, sino que lo único que puede haber son ignorantes y no ignorantes, gente sensata y gente que no lo es.

En el mundo moral se piensa que la cosa es muy diferente. Cuando un hombre comete una injusticia a base de saltarse de manera consciente y calculada una ley moral, piensa que, si no es creyente de una religión que condena esa conducta, puede sentirse tranquilo, que los efectos negativos de esa ley que ha conculcado no le van a afectar a él. No así si es creyente. Parece entonces como si las leyes morales pudiesen ser distintas en las diferentes confesiones religiosas. Siendo así, basta con adscribirse a la religión -en la democracia léase al partido político- cuyo código más se ajuste al de nuestra mala conducta o a nuestros intereses más particulares para salir moralmente airoso de cualquier mala situación.

Aquí las religiones, por no decir las ideologías, han jugado un papel tan decisivo como perverso a veces. Amparados en ellas, ha habido hombres que han cometido los actos más atroces, que sueltan las mentiras más descaradas sin que se les mueva un músculo de su cara. Esto está ocurriendo en todas las partes del mundo, bien que, cuando se trata de cuestiones políticas, mucho más si son de Estado, la aparatosidad adquiere a veces los tintes de la más dantesca tragedia colectiva. En el Oriente Medio, el interminable conflicto entre judíos y palestinos constituye un ejemplo verdaderamente sangrante, mucho más sangrante porque se trata de dos culturas que tienen una raíz histórica en gran medida común, pues los dos pueblos se suponen descendientes del mismo patriarca Abraham.

En otras regiones más alejadas y en otras religiones de raíces distintas, también se producen de vez en cuando hechos muy sangrantes, terribles a veces, como los que dan lugar a titulares como éste: "Cinco parias mueren linchados en la India por la sospecha de haber matado a una vaca. Las víctimas se refugiaron en la comisaría, pero la turba los apedreó y quemó sus cuerpos". "Una piel de vaca les costó la vida -dice la información-. Cinco *intocables*, la casta más baja de la India, fueron linchados por una multitud de más de 2.000 personas el pasado martes en la ciudad de Jhajjar, a menos de dos horas de Nueva Delhi. Su crimen: la sospecha de que habían matado una vaca -el animal sagrado hindú- para obtener la piel. Las víctimas se dedicaban a desollar reses para vender el cuero. La multitud los siguió hasta el puesto de policía después de que se corriera la voz de que habían sacrificado al animal, los sacó de su refugio, los apedreó, los sacó los ojos y los quemó" (EL PAÍS, 19-10-2002) ¡y lo habían hecho de acuerdo con la *ley divina*, la que a aquella gente le han metido a fuego en la mollera desde la cuna y desde tiempos inmemoriales! Sin duda tal conducta nacía del terror religioso que sentían, que su Dios se irritase por la muerte de una vaca, su animal sagrado, lo que podía acarrearles a ellos males sin fin.

e) Del politeísmo a la monolatría y al monoteísmo

A este respecto conviene comenzar advirtiendo sobre un error que lleva propagándose durante milenios, y es que la judía fue la primera religión monoteísta o al menos que fue y es una religión monoteísta. La religión es monoteísta si supone la existencia de un solo Dios. Ahora bien, si repasamos la Biblia, más concretamente el llamado Antiguo Testamento, desde el primer momento nos encontramos con que el Dios de los judíos no es el Dios de los egipcios, pues se pone de parte de los judíos en el conflicto que éstos tienen con los egipcios. En ese caso aún se podría decir que este Dios hebreo, Yahvé, se pone de parte de los más débiles, los judíos, pues eran los que pretendían liberarse de la esclavitud en que habían caído en Egipto. Sin embargo no ocurre así cuando los judíos llegan a la llamada Tierra de Promisión, más o menos la Palestina de hoy, que estaba habitada desde siglos por otros pueblos a los que van a desposeer, pero además por pueblos en muchos casos más débiles que ellos, más atrasados políticamente, culturalmente, incluso económicamente. ¿Puede Yahvé, el Dios de los hebreos, ser también el Dios de esos pueblos a los que van a desposeer de sus tierras? Me parece que no. Por esta razón se ha dicho, y yo creo que con mucho acierto, que la judía no es una religión *monoteísta*, sino *monolátrica*. El politeísmo, que lleva a la *idolatría*, supone adorar a muchos dioses, la *monolatría* supone adorar a un solo Dios.

El judaísmo, al menos el más ortodoxo, adora a un solo Dios, sí, pero su manera de entender a ese Dios implica la existencia de otros dioses, pues de ninguna manera el suyo va a poder ser el Dios de los pueblos a los que van a desposeer de sus tierras y propiedades, a los que incluso van a masacrar sin piedad alguna, al menos si hemos de atenemos a lo que se cuenta en el libro de *Josué*. Pero es que además la religión judía nunca ha sido universalista, sino nacionalista, nunca ha buscado la integración con los otros pueblos, sino que a lo sumo la ha aceptado desde sus diferencias, desde sus ventajas podemos decir, la de ser un pueblo elegido, el favorito de Dios: más culto, más rico y más próspero en muchas ocasiones, y lo ha hecho y ha mantenido las diferencias siempre desde el cultivo de sus propios intereses, por no decir desde sus más egoístas ventajas, lo que le ha sido muy rentable en muchos momentos de su historia, aunque en otros le haya conducido a la más espantosa tragedia. Desde la fundación en 1948 del moderno Estado de Israel, mal puede ser el mismo Dios al que rezan los judíos y al que rezan los palestinos; y ése es el problema teológico de fondo, la *monolatría* israelita, no el *monoteísmo* que tradicionalmente nos han pretendido vender en el adoctrinamiento que desde muy niños nos han dado en el catolicismo, y esto para que no se despegase demasiado del *monoteísmo* evangélico, el que finalmente pretendió Jesús de Nazaret.

No cabe duda de que la salida que a la situación tan cerrada en que había caído el judaísmo, la que pretendió Jesús de Nazaret con su evangelio -estoy hablando del Jesús real, no de Jesucristo, del mito que después el cristianismo hizo de él- fue la de convertir en un rico *monoteísmo* lo que sólo había sido una pobre *monolatría*. Él propuso un Dios que lo fuese de todos, de ricos y de pobres, de virtuosos y de pecadores, de nativos y de forasteros, un Dios en definitiva, según las palabras que ya hemos citado del evangelio de Mateo, "que hace salir el sol sobre buenos y malos, que llueve sobre justos e injustos" (Mt. 5, 45).

f) El premio y el castigo

Desde una teología autoritaria, el castigo a los que incumplen las leyes morales y el premio a los que los cumplen se ha sólido poner en la otra vida, la que se supone habrá después de la muerte, lo que fácilmente se convierte en una manera muy astuta para que los listillos de siempre hagan su agosto durante todos los meses del año. Desde una teología democrática, que es en la que se supone nos hemos de estar moviendo ya, los incumplimientos morales no pueden tener otro castigo que el moral, lo mismo que los cumplimientos no pueden tener otro premio que el moral también. Por supuesto que las leyes civiles están obligadas a corregir con premios y castigos las conductas que afecten a los demás, pero en ningún caso para sustituir y menos aún para justificar los premios y los castigos morales. Una sociedad que se satisfaga con los castigos que pueden dar los jueces y con los premios

que pueden dar las instituciones públicas o las más o menos privadas, será una sociedad muy enferma y condenada a la destrucción, pues no hay leyes civiles que puedan prevenir todas las conductas, menos aún recursos legales para hacer cumplir esas leyes de manera que la sociedad funcione como los mecanismos de un reloj. Entonces su cumplimiento se ha de fundar más en la buena fe de los ciudadanos que en los medios coercitivos para imponerlas. Me parece que la célebre novela de Dostoyevski, *Crimen y castigo*, responde en su fondo a esta filosofía. El protagonista, Raskolnikov, en una situación económica desesperada, tanto él como su familia, ha matado a una vieja usurera para robarla. Casi podíamos decir que en legítima defensa. Lo ha hecho con tal perfección que queda libre de toda sospecha, pero no logra la tranquilidad de conciencia, lo que le lleva a tratar de buscarla declarándose culpable ante la autoridad, que terminará castigándole de acuerdo con la ley. Pero ni siquiera este castigo le libera, pues él no está arrepentido de lo que ha hecho, y es sólo al final, a través de la figura esperanzada de Sonia, la mujer a la que ama incondicionalmente, y del conocimiento de la verdad divina, cuando le llega el arrepentimiento liberador.

g) La fe y el escepticismo

Yo no sé si Dios existe, tampoco sé si ha existido y ya ha muerto, pero sin la fe, llamémosla también consenso, la vida particular primero y la vida social después no serían posibles de manera armónica. La verdad es que hay mucha gente que ha perdido la fe, esto es lo que dicen generalmente los dirigentes religiosos que viven en las sociedades laicas. Ahora bien, ¿la fe en qué? La fe no es más que la confianza en algo, una *con-fianza*, que sería un *fiarse mutuamente*. La primera y más fundamental fe es la que uno tiene en sí mismo. Esto es básico para el desarrollo equilibrado de la persona, confianza en sí mismo, confianza en sus posibilidades, lo que implica el conocimiento a fondo de sus limitaciones, la única manera de poder enfrentarse a ellas con éxito, de tener alguna clase de libertad.

La falta de fe suele conducir al escepticismo, que arranca de la duda. Todas las religiones han provocado el escepticismo como fruto intelectual menos deseado para ellas, siendo incapaces de asumir las consecuencias regeneradoras de la crítica, antes al contrario, se defienden de ésta condenándola, incluso castigándola con fuego y con muerte cuando su poder se lo ha permitido. El resultado ha sido, en unos casos, el mantenimiento de esas confesiones mediante los recursos del terror, bien sea el físico bien sea el místico; en otros, la pérdida progresiva de influencia en la sociedad hasta quedar reducidas a lo puramente testimonial, por no decir a lo litúrgico.

De aquí nace el descrédito de la fe en nuestras sociedades, más aún porque se la suele identificar con la fe religiosa de una determinada confesión, que pretende ser tan elevada que sólo tienen acceso a ella los elegidos, los que están tocados por la gracia divina. Es lo que llevó a San Agustín a decir que la verdadera libertad sólo la alcanza el que obtiene la gracia de Dios, que es gratuita -de otra manera ya no sería gracia -, y que no se alcanza por mérito personal alguno, sino a lo sumo a fuerza de pedirla, a fuerza de confiar absolutamente en quien la puede dar. Se trata, pues, de una teología muy autoritaria, muy vertical, de una fe absoluta en Dios, en el poder, de un sometimiento servil a la voluntad divina, que no es otra que la del que tiene el bastón del castigo, también la zanahoria.

Me parece que las palabras de Pablo de Tarso en una de sus cartas no tienen desperdicio en este sentido: "Todos habéis de estar sometidos a las autoridades superiores, que no hay autoridad sino por Dios, y las que hay, por Dios han sido ordenadas, de suerte que quien resiste la autoridad, resiste la disposición de Dios, y los que la resisten se atraen sobre sí la condenación. Porque los magistrados no son de temer para los que obran bien, sino para los que obran mal. ¿Quieres vivir sin temor a la autoridad? Haz el bien y tendrás su aprobación, porque es ministro de Dios para el bien. Pero si haces mal, teme, que no en vano lleva espada. Es ministro de Dios, vengador para castigo del que obra mal. Es preciso someterse no sólo por temor del castigo, sino por conciencia. Pagadles, pues, los tributos, que son ministros de Dios constantemente ocupados en eso. Pagad a todos los que debáis; a quien

tributo, tributo; a quien aduana, aduana; a quien temor, temor; a quien honor, honor" (Romanos 13, 1-3).

Esto era así en las sociedades teocráticas porque se suponía que esa fe era absolutamente necesaria para que funcionasen. En las sociedades democráticas, sin embargo, no es necesaria esa fe, mejor dicho, esa fe es la que las hace inviables, la fe del carbonero. Pero hace falta una fe, esto es incuestionable, una confianza de unos en otros, del que obedece en el que manda, también del que manda en el que obedece. Ya hemos dicho que una sociedad nunca podrá funcionar con un cuerpo de leyes tan completo, con unos recursos tan represivos que la única razón de su cumplimiento sea el premio o el castigo. Y esto es así en primer lugar porque no hay posibilidad ni siquiera objetiva de que con una ley nos podamos adelantar a todas y cada una de las situaciones que se pueden producir. Es más, de ser esto posible, la consecuencia es que esa sociedad perdería todas sus posibilidades de dinamismo, toda su libertad de iniciativa, se petrificaría, sería la muerte.

En nuestra democracia, a la fe, precisamente por las connotaciones religiosas tan negativas por la mala historia que muchas veces hemos tenido de esta palabra, se le ha inventado otra denominación, la de *consenso*. *Con-fianza* y *con-senso* son términos prácticamente intercambiables como se dice en la lógica, la diferencia estaría en que ese fiarse unos de otros en el segundo caso no procede ya de imposiciones verticales o teológicas, sino de acuerdos horizontales libremente aceptados por los que tienen la representación social en las instituciones. Pero el consenso se tiene que mantener, el consenso no sólo de los que tienen la representación, sino de los propios representados, de todos los ciudadanos, mas no un consenso ciego, absoluto y eterno, sino un consenso crítico, relativo y temporal.

CONCLUSIÓN MUY SIMPLE

Hemos hablado de teología, un saber que parece muy celestial, y resulta que para entender un poco el tema de Dios hemos tenido que hablar de todo, de los temas más terrenales. Mas esto sólo es posible cuando en el discurso logramos liberarnos de la teología confesional, pero liberamos no a base de ignorarla, sino de conocerla a fondo y de manera crítica. Y me parece que esto es lo que ocurre en cualquier disciplina o rama del saber: sólo conociéndola a fondo se puede progresar.